



EL RINCÓN DE LA ACADEMIA

Aplaudimos los 15 años de la colección **"Un libro por centavos"**, promovida y editada por la Decanatura Cultural de la **Universidad Externado de Colombia**, bajo el liderazgo del poeta y decano **Miguel Méndez Camacho**, hace poco homenajeado en el Festival Literario del Gimnasio Moderno. Lo celebraron esta semana con la publicación de **"Cae sobre mí una sombra"**, de Diana Carolina Sánchez Pinzón, ganadora del II Concurso Latinoamericano de Poesía. Esta es la edición número 149. La 150 será un especial de

poesía para niños. Se trata de ejemplares impresos, de bolsillo, mensuales y gratuitos, de los cuales se editan entre ocho y diez mil por número. Son obsequiados en bibliotecas públicas, casas de cultura, colegios, universidades, organizaciones no gubernamentales y cárceles y se han convertido en referente académico y promotores de nuevas voces literarias. Al tiempo inauguraron la exposición **"Poesía: Espejo del tiempo"**, en la sala de exposiciones de la biblioteca de la universidad (edificio E).

La política es hija del hacha

HUMBERTO DE LA CALLE



LA POLÍTICA NACE CUANDO ALGÚN HOMÍNIDO —Cromañón, por ejemplo— se sube a los hombros de otro y anuncia que viene una hecatombe. Instalar en los hombros tiene un nombre. Se llama poder. Pero ahí no para la cosa. El segundo paso es coger una lasca de piedra, engastarla en una estaca y crear el hacha. El mensaje es: llegó la hora de atacar/defenderse. Y el tercer paso es crear una tierra prometida. En el primer paso, el peligro puede ser real o ficticio. El tercero exige que la tierra prometida tenga largo alcance, no importa si se puede realizar o no. Y el segundo, el hacha, se ha movido por la ballesta, el fusil, el misil, la lengua, las *fake news*, la jurisdicción, la calumnia. No importa.

Una política, pues, es una mezcla de un enemigo, una ilusión, y un comandante que esgrima un arma que hace creíble que él es el hombre para lograr ambas cosas.

Un caso académico de éxito, en esta tierra, fue el gobierno de César Gaviria: Pablo Escobar, Constituyente para un nuevo país, y arrojo.

A estas horas, los asesores de comunicaciones de Iván Duque deben —o deberían— estar pensando en eso.

Hay un menú de enemigos. Pero la cosa no está bien perfilada. Las Farc no son ya una amenaza para nadie. Lo de la entrega del país a ese grupo ya no da ni siquiera para sombra chinesca. Fue un aluvión pasajero de campaña, efectivo, pero más falso que una moneda de cuero.

La lucha contra la droga es popular. Muchas madres se sienten agobiadas por los jibaros que merodean en las escuelas. Pero no cuaja.

Las bacrim aterran. Es cierto.

La corrupción moviliza.

Pero ese menú ostenta deficiencias. Las opciones no tienen la capacidad unificadora de Escobar. De las Farc, ya lo dije. No es creíble y, además, los ataques a ellos se confunden con ataques a la paz incipiente. Y eso no logra aglutinar una masa crítica suficiente. Los jibaros, al agruparlos con los consumidores esporádicos, tampoco permiten una campaña a fondo para buscar apoyos unificadores. Incluso, esa pelea genera resistencias. Muchas voces hablan de dejar a un lado la lucha perdida contra las drogas y buscar otros aleros. Y lo internacional no le ayuda a Duque: ¿por qué Canadá sí y nosotros no?

La lucha contra la corrupción posee gran impacto. Pero como tiene carácter metastásico, al primer tumor que aparezca en la Administración, se devuelve como bumerán. De esta manera, aunque derrotar la corrupción tiene talante universal, pierde brío como para montar un gobierno sobre ella.

Y en cuanto a la utopía, entre el emprendimiento, la economía naranja, la educación o la eficiencia puede haber un buen *collage*, pero no sé qué tanto tiro logre como para gobernar cuatro años. O cinco. Hay que trabajar más en la epopeya.

Si no se logra, al final del mandato, el gran sueño se convertirá en pesadilla. Las urgencias del 2022 (2023) harán que renazca la dinámica del 2018. Entre el Centro Democrático y la Colombia Humana se repetirá el síndrome de este año: dos fuerzas que se repelen pero se necesitan.

¿Y esa masa perpleja que "ni es de aquí ni es de allá" continuará siendo apenas un magma sin organización ni posibilidad real?

Rasgos y Rasguños

Por Osuna



Vaticanada

Unificar elecciones es deteriorar la democracia

RODRIGO UPRIMNY *



EN MI ÚLTIMA COLUMNA EXPLIQUÉ por qué la norma transitoria, que alarga el período de alcaldes y gobernadores para buscar la unificación de las elecciones nacionales y territoriales, es antidemocrática y groseramente inconstitucional. En esta columna muestro que la propuesta misma de unificación de estas elecciones, incluso con un buen régimen de transición, es una mala idea para la democracia colombiana.

El efecto esencial de esta unificación es que tendremos unas elecciones generales en donde en un solo día, cada cuatro años, votaremos por alcaldes, concejales, gobernadores, diputados, representantes y senadores. Y unas semanas después por presidente. El resultado es obvio: las dinámicas electorales nacional y territorial se condicionarán mutuamente en forma intensa, pues son pocos los ciudadanos que en una elección general separan su voto local y su voto nacional. La gran mayoría tiende a votar por las mismas fuerzas políticas tanto a nivel local como a nivel nacional, lo cual tiene al menos tres implicaciones negativas.

Primero, ahoga la democracia local, pues los debates y movimientos políticos nacionales tendrán una incidencia decisiva en las votaciones locales. Será entonces muy difícil que surjan movimientos políticos locales o regionales renovadores, que ganen al electorado local, con una relativa independencia de las dinámicas nacionales.

Una de nuestras riquezas democráticas en las últimas décadas ha sido precisamente el surgimiento de esos movimientos políticos locales y regionales renovadores, en donde han surgido además liderazgos políticos muy importantes. Todo eso fue posible porque la Constitución de 1991 separó las elecciones nacionales y regionales, a fin de fortalecer y enriquecer la democracia local y las autonomías territoriales. Todo esto quedaría en grave riesgo si las elecciones son unificadas, con grave afectación del pluralismo y de la democracia local.

Segundo, y ligado a lo anterior, la unificación de elecciones incrementa los riesgos de polarización, pues el alineamiento político nacional tenderá a replicarse en las elecciones locales, con lo cual se forman identidades políticas más rígidas. Por el contrario, la separación de las elecciones permite más fácilmente que una persona vote por un partido a nivel nacional y luego, dos años después, vote por

otra fuerza a nivel local. Las identidades políticas son entonces más fluidas y plurales, lo cual reduce la polarización, que es uno de los peores males de las democracias contemporáneas.

Finalmente, la unificación de las elecciones hace que las fuerzas ganadoras a nivel nacional carezcan de contrapesos locales, pues se trataría probablemente de las mismas fuerzas. Los riesgos de copamiento de todo el Estado por esas fuerzas triunfantes coyunturalmente en una sola elección general son entonces grandes, con lo cual corremos el riesgo de que cometan abusos.

Es el riesgo de la tiranía mayoritaria, que tanto temieron los padres de la Constitución de Estados Unidos, como James Madison, por lo cual evitaron cuidadosamente que hubiera elecciones generales, pues temían que todo el Estado pudiera ser copado por una misma mayoría en una sola elección. Por eso no solo adoptaron el federalismo, que separa las dinámicas federales y estatales, sino que a nivel federal separaron los períodos del presidente (cuatro años), de los senadores (seis años, que se renuevan por tercios cada dos años) y de los representantes a la Cámara (períodos de dos años). Pero, claro, algo va de Madison a... Macías.

* Investigador de Dejusticia y profesor Universidad Nacional.